

# DIARIO DE UNA NIÑA PELIGROSA

---

DJUNA BARNES

*Septiembre 1:*

Hoy cumpla catorce años; el tiempo vuela: las mujeres debemos madurar.

Hoy me peiné diferente y me pregunté a mí misma: “¿Cuál será mi destino?”

Porque hoy dejo mi infancia en el pasado y le hago frente a la realidad.

Mi tío de Glasgow, el de los bigotes cuadrados y la voz sosa, le trajo faisanes a mi madre. Me sentaré en silencio durante la cena y me pondré a pensar. Quizá alguien, que comprenda lo que es crecer me preguntará en un tono serio: “¿Por qué tan pensativa, Olga?”

Si esto sucede, yo responderé.

Sí, romperé el silencio.

Tarde o temprano sabrán que me he vuelto furtiva.

Con esto quiero decir que ahora me debato conmigo misma si debo entregarme a los brazos de un buen

hombre y ser una madre o si debo ser una libertina y hacerme un lugar en el mundo.

Algo me dice que debo ser una libertina. Es más mi estilo. Al menos eso creo.

He intentado ocultarlo opacando el brillo en mis ojos cuando me paro frente al espejo, pero ni diez minutos después ya estaba cortando limones para desvanecer mis pecas.

“Ah, mujer, vuestro nombre, etcétera.”—

*Tres de septiembre:*

Ayer no pude escribir en mi diario, me temblaban las manos y me sobresaltaba con cualquier nimiedad. Creo que esto significa que en cuanto tenga la edad para solventarlo voy a hacerme anémica.

Esto es bueno; debo tener lo que quiero. Sí, estoy contenta de haber estado temblando hace rato. Quizá me estoy poniendo introspectiva. Uno no debe ensimismarse tanto, cuando aún se es delicado. No quiero espantarme hasta que pueda soportarlo.

Debo reflexionar sobre esto esta noche cuando mi madre apague las luces y pueda comer nata tranquilamente. Así han llegado algunas de mis mejores ideas.

¡Ah! ¡Cuántas ideas he tenido mientras como nata tranquilamente, indulgentemente!

*Diez de septiembre:*

Han pasado muchos días; no he escrito nada. ¿Significa que he cambiado? Me quedaré con esta idea en la mente por el día de hoy.

*Once de septiembre:*

Sí, he cambiado. Me di cuenta de que se lo debía a mi familia.

Me explicaré. Mi padre es un abogado, mi mamá pertenece a la sociedad.

Imaginen cómo se vería si ando por ahí con cara de que guardo un secreto.

Si los ojos de alguien fueran a posarse sobre esta página muy fácilmente me malinterpretarían.

Le traería mucha vergüenza a mi padre— también a mi madre, si lo quieren ver de esta manera, solo por mi tendencia a ser precoz.

Debería ser una idiota por su bien.

¡Lo seré!

*Cuatro de octubre:*

Lo logré. Nadie se imagina que la cabeza me da vueltas. Nadie sospecha que me he encontrado a mí misma, como dicen ellos.

Pero lo hice. Me pasó esta tarde cuando llamó el diplomático de Brasil.

Mi infancia no es más que un recuerdo.

Su nombre es Don Pasos Dilemma. En un ojo se le nota su gran inteligencia; el otro está ocupado con un monóculo. Tiene los dientes separados y habla arrastrando las palabras tan suavemente que hace que te den ganas de usar un vestido de satín.

Está cortejando a mi hermana.

Mi hermana es una chica extremadamente ordinaria, mayor que yo, cierto, pero su alma no tiene acceso

a esas cosas con las que yo casi me tropiezo. No es mal parecida, pero su belleza es vulgar comparada con la mía.

Hay algo eterno en mí, mientras que mi hermana es totalmente efímera.

Estaba sentada detrás de la vitrola cuando llegó. Estaba leyendo *Tres vidas*. Claro que no me vio.

¡Qué pena por él, pobre hombre!

Mi hermana también estaba ahí; siguió dando vueltas de aquí para allá en un espacio muy pequeño, agitando su abanico. Él debió haberla besado porque ella exclamó “¡Oh!” y después seguramente la volvió a besar con más intensidad, porque ella dijo “¡Oh!” otra vez y respiró hondo y por un momento dijo muy bajito “¡Eres un hombre peligroso!”

Con eso yo salté y dije en una voz fuerte y clara: “¡Viva, amo el peligro!”

Pero nadie me entendió.

Me mandarán a la cama después de haber cenado pan y leche.

Pero no importa, porque mi cuarto da hacia el jardín.

*Siete de octubre:*

He estado tan emocionada que por algunos días no he podido escribir en mi diario. Todo ha estado de maravilla.

He logrado volverme sigilosa. Hice algo maravillosamente deshonesto. Soborné al mayordomo para que le diera una nota a Don Pasos Dilemma y convencí al mozo de cuadra de que dejara a mi alcance

un caballo para montar. Y tengo un látigo con mango de plata debajo de la cama.

¡Qué Dios proteja a los hombres!

Esto es lo que planeo hacer. Voy a encontrarme con Don Pasos Dilemma a media noche al fondo de la pérgola y lo voy a azotar con el látigo. Por dos razones: primero, porque se lo merece, y segundo porque los rusos lo hacen. Después me voy a lavar las manos de él, aunque la psicología de la familia habrá subido un nivel entero.

Estoy segura de esto.

Claro, Don Pasos Dilemma me estará esperando bajo la luna llena. Su mente retorcida ya me imaginó en sus brazos, un pedacito de juventud tierna y verde derritiéndose.

¡En su lugar tendrá en sus manos a una machorra! ¡Cómo me da escalofríos esa palabra! Solo existe una otra palabra que me afecta tan intensamente—

¡Arpía! ¡Estas son mis palabras!

¡Oh, ser una machorra a los catorce! ¿Qué otra mujer lo ha logrado? Ninguna.

*Ocho de octubre:*

Llegó la noche de ayer. Pero déjenme contar lo que pasó.

La luna salió muy temprano y se posicionó, como un gran círculo, en los cielos. Su luz se reflejó en los árboles lluvia de oro y en los limoneros y me recorrió un escalofrió por la columna. Pensé en Duse y en cuánto había sufrido en balcones; al menos deduje eso de lo que he visto en la mayoría de sus fotografías.

Yo también me paré en el balcón y sufrí de perfil. La luz plateada se deslizó sobre la barandilla lisa y nadó en el estanque de peces dorados.

Mi mano sostenía el látigo de plata. En la cabeza tenía un sombrero de montar a la última moda y brillante con una pluma que caía por un lado.

Alcanzaba a escuchar cómo el tictoc del pequeño reloj de porcelana en la repisa de la chimenea marcaba los minutos. Empecé a dar golpecitos en la vira de mi bota. Una mujer nerviosa debe recordar sus deberes con la maldad. Me mordí el labio y pensé en lo que tenía que hacer. Me asomé por el balcón y volteé hacia el jardín. Ahí estaba parado el mozo de cuadra en su camisa de franela roja y a su lado la fogosa yegua.

Intenté agitarme, mi pecho se reusó a jadear. Quizá estoy muy joven.

Debo brincar del balcón al lomo del caballo. Le silbé al mozo, volteó a verme, asintiendo. En un segundo la yegua ya estaba debajo de mi ventana. Vi el reloj, faltaban dos minutos para las doce. Brinqué.

Debí haber calculado mal la distancia, o el caballo se movió. Caí en los brazos del mozo de cuadra.

Y bueno, de mozo de cuadra a príncipe, así ha sido la historia de todas las mujeres fascinantes.

Golpeé mis talones en los costados del caballo y me fui como el viento.

Todavía lo puedo sentir—el aire de la noche en mis mejillas, la tensión de los músculos de la gran bestia, el olor del otoño, la penumbra, el silencio. Mi propia naturaleza trascendente me dirigía hacia el hombre que odiaba, lo odiaba con un odio familiar. Él que había besado a mi hermana, quien nunca se



había fijado en mí hasta esta noche y sin embargo ahora era todo atrevimiento— sí, contando los minutos con los marcados y malvados latidos de un corazón sureño.

Dicen que cuando uno está entre la vida y la muerte (cualquier momento pudo haber sido mi último), uno ve su infancia pasar ante sus ojos. Se dice que uno recuerda cada pequeño detalle.

Bueno pues mi mente se fue al pasado. Como la distancia es muy corta fue de ida y vuelta.

Pensé en todas las horas felices que pasé con mi hermana menor poniéndole arañas en la espalda, jalándole el cabello y obligándola a comerse mis costuras. Pensé en las horas que había pasado acostada en el polvo a un lado del sofá leyendo a Petronio y a Rousseau y a Glyn. Pensé en mi padre, un gran sujeto, adusto, un metro ochenta sin zapatos, aunque más bien lo pensé sentado en su silla reclinable. También recordé el día que cumplí catorce años, hace poco más de un mes.

¡Qué rápido envejecemos!

Envejecí montada a caballo, entre las 12:00 y las 12:01.

Exactamente a las 12:01 vi la silueta de Don Pasos Dilemma en la sombra de los árboles y mi corazón se detuvo, sentí cómo todas mis inseguridades infantiles se intensificaban y supe que nunca más volvería a ser una niña.

Apenas pude ver cómo venía vestido el traidor, pero supuse que se había arreglado para la ocasión. Si me hubieran desafiado, habría apostado que se había perfumado atrás de las orejas y debajo del mentón.

Es justo el tipo de trucos que siempre juegan esos hombres extranjeros.

Lo leí en algún libro.

Ese tipo de hombres planean la perdición; por así decirlo son conocedores de la traición; son expertos de la crueldad.

Me detuve al sonido de los cuatro cascos de mi caballo; alcé mi látigo con moldura de plata. Eché mi cabeza hacia atrás. Resonó una risa y rompió con la tranquilidad de la noche.

Era mi risa, fuerte, llena del desdén de la vida y del amor y del hombre.

Era una buena risa.

Bajé el látigo—

*Veintisiete de octubre:*

Cambié de opinión.

Claro, cambié totalmente de opinión. No me voy a entregar a los brazos de un buen hombre y no voy a ser una madre, tampoco voy a salir al mundo a ser una libertina. Voy a escapar y voy a ser un niño.

Ya que ese tal español, o brasileño, el tal Don Pasos Dilemma ridiculizó mi reto, un buen reto altivo de una niña llena de juventud y energía, él lo despreció y escondiéndose tras mi madre, por así decirlo, me dejó para enfrentar la desilusión y la humillación a altas horas de la noche, cuando las niñas buenas no deben estar fuera, mucho menos enfrentándose a algo.

Como habrán adivinado, no fue Don Pasos quien se apareció esa noche, era mi madre usando su larga capa española.



*Tres de noviembre:*

En un año tendré quince, las mujeres deben volver a ser jóvenes. Me corté el cabello y ya no me cuestiono nada.

Absolutamente nada.

AL REVÉS

Traducción y edición: Al revés Traductores